

HOMENAJE A HORACIO ZAMBONI

AUTOBIOGRAFIA

SOBRE EL EXILIO

Adaptado de reportaje a la familia Zamboni

La Capital, marzo 1996

Nosotros, nos fuimos al exilio antes del golpe de estado. Yo fui detenido, el 8 de noviembre del 74, el primer día del estado de sitio, y salí al exterior junto con dos colegas de La Plata. Fuimos los primeros en salir para el exilio desde la cárcel, en la noche del 2 de febrero del 75, y así me fui al exterior.

La policía te lleva esposado hasta el avión. Nosotros estábamos a disposición del Poder Ejecutivo, salíamos por la opción, por el Artículo 23 de la Constitución, que te permite abandonar el país y que es la única manera de recuperar la libertad, en total se fueron unos mil y pico de presos, que salieron por ese artículo.

Yo salí en vuelo, como todos los que van para el norte, con escala en Santiago de Chile, y llegue a la noche entrada a Lima. Es una experiencia inolvidable. Hay un libro de un humorista peruano, Sofocleto, que estuvo varias veces deportado, y dice “la cara de boludo que uno tiene en el espejo del avión es inolvidable”, y realmente es así. Fui solo a Lima,

con uno de la Policía Federal, que me hizo meter preso en Lima. Estuve como dicen halla “depositado”, menos de 24 horas, porque no nos daban los pasaportes, se los daban al comandante del avión, alguno te lo daban, o un desgraciado como el que me toco a mí, que se lo dio a la policía de investigaciones de Perú. Me aclararon que no estaba preso, pero que estaba “depositado”, no solo estuve preso, sino que me percate lo que iban a ser después los saqueos en Lima, cuando la huelga de la policía el 5 de febrero del 75. Casi participo de las asambleas de la policía, porque se hacían donde estaba “depositado”. Cuando me entregan el pasaporte, porque salí con un salvoconducto, arranco el saqueo de Lima. Se robaron todo, hasta que sacaron los tanques, y les tiraron con las ametralladoras pesadas, con un mínimo entre 700 y 800 muertos, cifras oficiales. Como dicen en Perú, “a los cholos no los cuentan”. Así llegue a Lima, y como no había pasajes, Susana con María Virginia y María Laura, llegaron el 10, creo. Me esperaron en Lima, dos dirigentes sindicales petroquímicos, del sindicato que había asesorado, una de las razones últimas de mi detención. Eran dos petroquímicos, y un amigo también, que habían ido en auto hasta halla. Estuve apoyado por ellos, y un gran amigo peruano, que había estudiado medicina acá en Rosario, que fue mi salvación, Marcos, me había alquilado un departamento, en una situación muy fuera de lo común y muy afortunada.

Dentro de la cárcel hubo una gran discusión, sobre todo en Villa Devoto, donde había muchos presos políticos. La discusión era si salir por la opción, o esperar a que el pueblo nos rescate, como decían las organizaciones guerrilleras, ya que decían que la revolución estaba a la vuelta de la esquina.

Yo, junto a otros compañeros, entre ellos el Dr. Faccinni, y Tito Saldarriaga –que cometió el error de volver y hoy es uno de los 30 mil desaparecidos- fuimos los primeros en plantear la opción para salir del país, y se lo explicamos a todos los compañeros e incluso a los compañeros de Villa Constitución. Nosotros, estábamos convencidos que el golpe de estado, era inevitable, y sobre todo lo que ya estaba instalado. Estuve preso en Coordinación Federal, escuchando a Ramona Galarza, 14 horas por día, para tapar los gritos de los torturados. Funcionaba “la máquina”, las 24 horas del día, eso en el año 74. Salíamos al patio y cuando volvíamos había en los pabellones volantes de la “Triple A”, y nosotros le decíamos que no éramos presos políticos, sino rehenes. Lamentablemente la vida nos dio la razón. Algunos pudieron salir con la opción y otros no salieron. De modo que estando ya en el exilio, llegó el golpe de estado y no nos sorprendió, se estaba esperando.

Yo tenía prohibido volver; y además junto a algunos argentinos y extranjeros, tenemos el records de estar a disposición del PE, el estado de sitio, más largo de la historia Argentina. Del primero al último día, es decir, estuve a disposición del PE, desde el 8 de noviembre del 74 hasta el día antes de las elecciones del 83, que levantaron el estado de sitio, el 29 de octubre del 83. No podíamos volver porque la Junta Militar, había transformado el retorno como delito. Pero mi familia, si volvió un año antes de mi regreso, y en el 79, que murió una hermana de Susana.

Así llegamos a Perú. Susana, con intenciones de volver a la Argentina, y viene la represión de Numa Laplane, desde Puerto San Martín a Villa Constitución, en marzo de 1975, y como era

abogado de la Intersindical de San Lorenzo, y entonces decidimos que la familia quedara definitivamente en Lima.

Íbamos todos a Lima, porque nos habían prohibido ir a países comunistas, entonces el lugar más cerca era Lima, y además estaba Velasco Alvarado, que no era lo mismo que la dictadura militar de Brasil. Mucha gente fue a Venezuela, porque todavía no se necesitaba visa. En general, Perú, fue el lugar de salida, te estoy hablando del 74-75, hasta que cae Velazco, y ahí los Montoneros dieron las instrucciones de no pasar por Perú. Hay toda una historia, porque ordenaron un éxodo masivo que fue una cosa muy triste, todos varados en Ecuador.

El Perú, es un país pobre, había restricciones para obtener la residencia, era muy difícil, además no estábamos nosotros solos, estaban los uruguayos y los chilenos, en Lima nos llevamos por delante. Se calculaba, que éramos los argentinos 2500, los chilenos 5000, los uruguayos más de 2000. Eso cuando llegue en el 75. Después que cae Velazco la gente empieza a salir, algunos por problemas políticos, y la mayoría por cuestiones económicas, era muy difícil sobrevivir, primero porque no había trabajo, segundo porque las restricciones para la radicación eran importantes, por una política inmigratoria de Velazco primero y de Morales Bermúdez después. No había persecución abierta, había más vigilancia a los chilenos, estaba por producirse los cien años de la guerra del Pacífico. Los chilenos estaban bien jodidos, los argentinos y uruguayos, estábamos mejor. La idea era que si se iban era mejor, no se facilitaba la radicación, salvo algunos casos excepcionales, de algunos personajes políticos, que no los había demasiados, algunos por influencias de la Iglesia, y algunos que terminaron mal, como el caso de uno de los que secuestraron a Aramburu.

Y ahí empieza la historia del exilio, como dice el humorista peruano, Sofocleto: “cuando uno se da cuenta que lo esperan con los brazos cerrados”. Hay que sobrevivir. Ese exilio fue particularmente muy difícil, porque había una enorme mayoría de jóvenes sin oficio, y con estudios sin acabar, diría que muy jóvenes sin estudios terminados y sin oficios, fue muy duro. En mi caso conseguí trabajo muy rápidamente, o inmediatamente, en un estudio jurídico, como empleado. Una comisión del Ministerio de Trabajo, que aprobaba y desaprobaba los contratos, desaprobó mi contrato, porque dijo que ese lugar podía ser ocupado por un peruano, al estilo de las campañas que hace la Uocra, acá, ya que el chauvinismo es grande, a pesar de que con los argentinos hay algo especial, por lo sanmartiniano, adoran la selección de fútbol de la época de Corbata y Sivori, fueron educados por el Billiken, ni hablar de Gardel.

El primer problema para cualquier exiliado, es la sensación de inseguridad, la seguridad la tenes cuando conseguís la radicación. Yo la conseguí un año y medio después, cuando llegue a la conclusión que no me iban a aprobar un contrato, y revalide el título abogado. De acuerdo al tratado de Montevideo, no era necesario la reválida de ningún título profesional, pero bueno Velazco los exigía. El colegio de abogados de Lima, que lo presidia un profesor de derecho, Dr. Del Pino, que me dijo “Si Ud. quiere asumo la cuestión, me arriesgo, Ud. va a seguir viaje en al avión, y yo voy a volver a la cárcel”, -de donde venia, porque había denunciado los contratos de Velazco, por el gasoducto de la selva, con los japonés-. Fui el primero que revalide el título en Lima, en la universidad más antigua de América, la Universidad de San

Marcos. Como el Colegio de Abogados, lo dirigía el APRA, con algunos abogados de izquierda, me dieron la matrícula, muy generosamente. Además, los Apristas, son veteranos en exilios, persecuciones y cárceles, me hicieron jurar y bueno era abogado peruano. Entonces migraciones, no tuvo más remedio que darme la radicación.

Había una relación fluida entre los exiliados, había distintos grupos. Por ejemplo al departamento nuestro, siempre venían dos o tres a comer, algunos habían estado presos conmigo. Unos eran estudiantes de cine, estaban filmando una casa, y era de un coronel, y los detuvieron. Muy jóvenes, a uno lo termine preparando para rendir en quinto año, le quedaban dos o tres materias, era menor de edad, no podía estar a disposición del poder ejecutivo, la madre era una gran traductora de inglés, otro, el hijo del director de la Universidad de Colombia, también estudiante de cine, otro, un uruguayo, imagínate que tenían 19 años.

Todos teníamos ganas de volver. Yo estuve prácticamente nueve años, porque levantaron el estado de sitio antes de las elecciones, y empezamos de inmediato los preparativos para volver, viendo como reaccionaban los militares, con el triunfo de Alfonsín. Además por la época del año, están los vuelos saturados, viene la gente a pasar las fiestas. Llegue recién el 28, y creo que fui el penúltimo, de una colonia impedidos de regresar.

El exiliado, no abandona nunca más su condición de exiliado, porque ahora hay exiliados del otro lado. Estuve nueve años en Perú, nació Carloncho, participe en política en el Perú, fui asesor de la Izquierda Unida, participe en congresos, he hecho

periodismo, soy abogado peruano, tengo una cantidad enorme de amigos, soy muy limeño. Llegas porque te vas, y acá vuelves a un mundo que te es desconocido. Se de una situación de reservas mutuas, el exiliado vuelve con reservas, la gente que te recibe tiene más reservas. Al regresar, tuve que pagar las cuotas del Colegio de Abogados, fijate vos. Me cobraron las cuotas del exilio, porque decían que yo no había notificado, que estaba en el exilio. Una salvajada, estaba preso y después en el exilio. Además el Colegio de Abogados, había hecho gestiones para que se me diera la opción. Finalmente, cuando uno vuelve con el criterio criollo práctico, uno dice ¿Cuánto me sale?, y adelante. Pero pague y tengo por ahí el recibo.

Para mí el exilio, como para todos, es una pena, un castigo, lo cual te pone con un odio profundo. Y no lo perdonas nunca. De ha rato como ahora, para estos 20 años, vamos a gozarlo.

Me acuerdo siempre de Harguindeguy, que decía que los exiliados argentinos iban a terminar como los exiliados rusos, abriendo las puertas de los coches en los cabarets y restaurantes de París. Un hijo de puta, me voy a acordar especialmente este domingo, 24 de marzo.

El exilio, es un castigo, porque además los lugares de protección son relativos. Dice Sofocleto, que “en el arte de la crematística, el arte de hacer dinero, los exiliados gozan de muy poca versatilidad, sobrevivir nada más”. El exiliado viene con una marca en la frente. Hay anécdotas de esto. El “petiso” Fernández, un amigo, uno de los fundadores de la resistencia peronista acá en Rosario, una vez fue a renovar la residencia, y una de las situaciones que te pueden favorecer es que tengas hijos nacidos en el lugar del exilio. Sus hijos, Alfonsina y Federico, son nacidos Perú, y conto que cuando fue hacer los

trámites, el policía peruano que lo atendía, le decía “Dale, dime que tienes hijitos peruanos”, y el Petiso, se negó a declarar que tenía hijos peruanos, porque ofendía su dignidad, lo que le estaba diciendo él policía.

Esta es una constante, que la tenes hasta el final del exilio. Luis Alberto Sánchez, que era un compañero en la jefatura del APRA, le explicaba a un amigo peruano, que no es lo mismo un exiliado que un emigrado. Porque el exiliado, está en contra de su voluntad, y en la medida que no vuelve no tiene paz, y el agregado de Sofocleto, “vovles y tampoco tenes paz”, aunque ya es una decisión voluntaria, “porque te quitaron el país que te habías hecho”, entonces como en la novela, un hombre de dos ciudades, estamos hablando de exilios largos.

Esta constante es al margen de las ideas políticas, vos lo vas a encontrar con la gente de la derecha, del centro, de la izquierda. Dejas afectos, dejas todo, dejas cosas, vivís preocupado por lo que pasa halla. Lo vi cuando el terremoto en México, los exiliados que habían estado en Méjico, estaban desesperados, viendo los barrios, donde se había derrumbado, llamando, buscando. Es lo que me pasaría, con un terremoto en Lima. Y bueno, durante años penando por Sendero Luminoso y la represión, viendo si algún amigo, algún colega, había caído de un lado o del otro.

El exilio, es en primer lugar una pena, y en segundo lugar una experiencia que no se va nunca. Sofocleto, dice que en el club de los exiliados, entras y no salís más. Y es una experiencia que te marca, tu vida queda signada por una experiencia de este tipo, son parecidas a otras más jodidas como la cárcel. Los que estuvimos nueve años en el exilio, estuvimos infinitamente mejor, que los que estuvieron en el Pozo de

Banfield, o yirando de Devoto a Rawson, o la tortura, y otra inmensidad me imagino, debe ser la guerra, o algún desastre natural. Bueno, era la pena máxima de Atenas, fue inventado, el ostracismo, afuera de la ciudad. Creo que hay distintos exilios, no es lo mismo el exilio en Latinoamérica que en Europa. Esto lo tengo muy claro, tengo una opinión distinta que los compañeros que volvieron de Europa.

Creo que los que hemos estado en América Latina, hemos conservado mucho más las ideas que los que se fueron a Europa. Fueron ganados por el centro del sistema. Habría que estudiarlo. Una vez discutía con una compañera, sobre la deuda externa, te aclaro que cuando regrese trabaje en un equipo que asesoraba al Ministro Caputo, y que había trabajado en Perú en el Congreso como asesor de la Izquierda Unida, en el único caso que debatió la deuda externa en el Congreso, y discutía con esta compañera, que estaba a favor del pago de la deuda externa, y me decía que íbamos a tener problemas con Europa, si dejábamos de pagar la deuda externa.

Además, hubo problemas con la gente joven. Y hubo algunos que tuvieron problemas porque al volver las calles de Argentina estaban sucias. Lo mismo que algunos que al llegar a Lima, no soportaba Lima. Nosotros vivíamos en Miraflores, pero yo que iba al centro de Lima, era un mundo totalmente distinto. La familia, iba al centro cuando venían las visitas. Vivían en un mundo exclusivo. Un día le dije a Arico –el de Pasado y Presente- que venía de Méjico y vivían en la ciudad universitaria donde se habían hecho los Juegos Olímpicos, y me decían que no iban nunca al centro, y le dije “pare la chata, yo soy abogado, hay que ir a los tribunales de Lima, todos los

días". Yo hacía derecho penal, fundamentalmente, porque la policía me había advertido que no hiciera derecho laboral que era mi especialidad. Llegaron un día a nuestro departamento, yo no estaba y para asustarla a Susana, le comentaron "que había un montón de ramas del derecho, que no hiciera derecho laboral". Como abogado penalista, viví ese mundo de la cárcel, acá es pesado, halla es el mundo de Pampillón, hay una cárcel que es igual a la que se fuga Pampillón.

Y otro punto, en mi experiencia personal, es reconocer un par de cosas, en primer lugar, me volví mucho más humilde en el trato con la gente. Este mundo blanco, presuntuoso de la Argentina, después de muchos años se rindió ante la realidad latinoamericana. Siempre tuve una idea eurocentrista de los destinos civilizadores del proletariado, del centro del sistema. Ese es un punto, y el otro, me di cuenta, que el argentino que se cree que es el ombligo del mundo, en este sentido conocimos América Latina. Un exiliado dominicano -legendario comandante guerrillero que peleó contra los yankee, en la invasión- me contó cosas y descubrí cosas, como ser la de practicar la alegría como forma de sobrevivir a la miseria, "el sábado, el domingo, las fiestas, los bailes, el alcohol, se necesitan", me decía.

El exilio es toda una experiencia, todo un mundo, toda una vida. Por ejemplo, María Laura, dijo sobre la película, Sur, que es la historia del exilio europeo, "este exilio yo no lo conocí". Claro, entre ese exilio parisino y el mundo de los cholos y del Perú, el problema es a donde uno va exiliado. Hay gente que ha muerto, la persecución llegó hasta halla, a Maguid, lo secuestraron halla, y después desapareció, a la Molfina, la mataron en el centro de Miraflores, los servicios argentino, y

también quien la acompañaba, que apareció después en Madrid.

Hubo gente que no soportó el exilio y se suicidó, por suerte en Lima, no hubo suicidios, pero secuestros y muertos sí. De modo que la angustia existía, una sensación de irrealidad.